

tirada del apuesto galán con muchos y muy hondos suspiros.

Entretanto, Angelito, si no fuese tan bueno y tan paciente, hubiérase dado á todos los diablos. Diariamente veía á un nuevo galán que rondaba la casa del señor del Río, en busca de la enjaulada palomita, cuyos juveniles atractivos traían enloquecidos á los pollos zacatecanos; pero firme en sus trece, no se daba por muerto, y los martes, jueves y sábados á la misma hora, el buzón próximo á su tienda recibía la perfumada carta, por cuyas líneas habían de pasar los llameantes ojos de la niña de sus pensamientos.

Eva estaba agradecida, muy agradecida con Angelito. Vió con la luz de la evidencia que era el que más la quería de todos sus pretendientes—y hay que hacer justicia á Eva—por gratitud, únicamente por gratitud, correspondió al cariño del joven comerciante. Le amaré después, se decía, estoy segura de que le amaré; sobre todo es bueno, y no me dará de esposo los pesares que de novio me dió Ricardo.

No hay para qué referir la alegría del joven comerciante, al leer atónito la carta mensajera de su dicha: baste decir que en ese día recibió en la tienda más moneda falsa que nunca; que las facturas en su mayor parte salieron equivocadas, y

que perdiéronse algunos medios hidalgos, que probablemente el dichoso joven dió en el cambio por centavos. Por la primera vez en su vida oyéronle los dependientes tararear conocidas canciones y chancearse con algunos parroquianos, con mengua de la bien acreditada, añeja circunspección del conocido comerciante. Fué tal el júbilo que inundó su alma al tener la primera novia y al verse querido, que por conservar aquella dicha, hubiera regalado la tienda y diez más si las hubiese tenido. Cualquiera creería que Angelito no tenía vanidad. ¡Era tan bueno! No obstante, héle allí salir erguido y emperejilado á dar una vuelta por la casa del señor del Río.

 XXV

Ricardo emprendió su marcha por el Central hasta la ciudad de Torreón, del Estado de Coahuila, en donde tomó el Internacional hasta la ciudad de Durango. Detúvose allí algunos días para aprovechar la salida de algunos arrieros con quienes acompañarse para no hacer solo un viaje molesto, pues de Durango á Mazatlán no hay más que camino de herradura, peligroso porque las veredas que

atraviesan la Sierra Madre, trepan frecuentemente por elevadas montañas y serpean por precipicios donde más de una vez han rodado los jinetes. En ese camino, ascendente en la Sierra Madre hasta un punto llamado La Cumbre, y desde allí descendente, en tierra cálida hasta la costa, hay senderos peligrosísimos; sobre todo, la cuesta conocida con el nombre de El Espinazo del Diablo. La culebreante vereda sube y baja, formando curva, por la falda de la montaña; por un lado la prolongación de ésta, que se eleva inaccesible al viajero; y por el otro, inmensos bloques de piedra contados á pico que bajan hasta el abismo, cuyo fondo no se alcanza á ver. Al llegar á uno de los extremos de este camino que, aunque no muy largo lo parece por la emoción con que se atraviesa, el viajero lleva á la boca las manos ahuecadas y pregunta á gritos por tres veces si no viene por el sendero caminante alguno, pues un encuentro sería la perdición de todos por la imposibilidad de retroceder. Las cabalgaduras, en algunos puntos de la angosta vereda, tienen que juntar las pezuñas por falta de espacio donde apoyarlas y las piedrecitas desprendidas por el golpe de las herraduras van rodando hasta la profundidad del despeñadero. El pie de la bestia mular es

el más seguro para atravesar aquellas sendas, donde aún no ha entrado el progreso, y donde quizá en no lejano día, sonará el silbato de la locomotora. Admira el instinto de las mulas que se dan cuenta del peligro y no asientan una pezuña sin cerciorarse de que el terreno está macizo; caminan lentamente, pero sin detenerse un momento, y se regocijan al salir al lado opuesto. Las emociones de los peligros quedan compensadas con el soberbio espectáculo de la naturaleza. Es una gigantesca montaña, á la que sirven de escalones altas montañas con sus pintorescas mesetas cubiertas de seculares pinos, de espeso encinar, y, en trechos, de madroñales, donde entre espléndido verde colorea el fruto de vivo nácar. El pasto abundante y altísimo, en muchos parajes cubre al caballo y al caballero, y aun sobresale de ellos. La selva y los añejos bosques son tan espesos, que aun el más experto viajero, se extraviaría si alejándose del camino penetrase en aquella intrincada espesura, eternamente sombría, donde el aire, impregnado del olor del pino, sopla sin cesar, agitando las copas de los árboles, que producen un ruido semejante al del continuo movimiento de las olas del océano. Hay robles de anchísimos troncos que revelan una existencia quizás

antidiluviana; pinos que nacen de hondas cañadas, sobresalen de las montañas, y hay que echar la cabeza hacia atrás y elevar la vista al cielo para descubrir sus excelsas cumbres. Entre los animales de caza abundan los venados y el pavo silvestre de pesado vuelo, que más bien brinca de altura en altura ayudado de las alas. Entre los animales feroces, el único temible es el oso, que llaman plateado, por su piel de brillante gris. Al contemplar aquella vegetación exuberante y grandiosa, donde en lugar del vocerío de las ciudades, oyesse el rumor del torrente y de las espesas copas de los árboles agitadas por el viento, se piensa en el poder infinito, prodigiosamente manifestado en la rica naturaleza. Allí, en aquella inmensa mole de tierra mexicana, esperan al progreso industrial inagotables tesoros.

Ricardo y los arrieros que le acompañan, acaban de rendir jornada, fatigosa por la lentitud con que se hizo, molesta por el intenso frío. Trabajo costó al joven ingeniero apearse de su cabalgadura; estaba entumecido, parecía tener los pies de mármol ó de hierro; al respirar dolíanle los pulmones y el baho congelado había prendido gotas de hielo en el sedoso bigote de Ricardo.

—Estamos en el corazón de la Sierra

dijole un arriero, ésta es La Cumbre; mañana empezaremos á bajar á tierra caliente.

Esa noche fué deliciosa para el joven ingeniero: Mr. Anderson, un angloamericano dueño de la hacienda "La Cumbre," le dió alojamiento, mediante, por supuesto, el pago de una más que mediana remuneración. Introdujo á su huésped á un cuarto con gran chimenea provista de abundante fuego, que en breve tiempo tibió la atmósfera. El joven sentía ya repugnancia por las carnes de latas que habían sido su alimento los anteriores días, así es que las calientes patatas, la carne seca y el pan esponjado que le sirvió Mr. Anderson, supiéronle á gloria. Acostóse temprano y pensando en "La Barranca," como él llamaba á Zacatecas, durmióse para soñar en su Eva; pero junto á ésta veía también á Consuelo, y la profunda y tierna mirada de aquellos límpidos ojos estaba como estereotipada en su mente. Pensaba, sobre todo, en la última que le había dirigido aquella noche, en que el desengaño trucidó todas las ilusiones de su alma. ¿Por qué le perseguía aquella mirada que parecía hablarle de amor? ¿Qué buena es Consuelo! exclamaba. "Si ella pudiera reconciliarme con Eva, lo haría, y si yo no me casase con

Eva, no podría amar á nadie, sino tal vez á Consuelo."

Tempranito despertó el viajero, restregándose los ojos, que cerrados, habían contemplado terrenales ángeles toda la noche, y se dispuso á continuar la marcha. El frío era crudísimo, pero duraría poco, pues iban ya á bajar á tierra caliente. El contraste en aquel punto es de un efecto sorprendente: de un lado la Sierra Madre con su grandiosa vegetación y sus seculares espesos bosques; del otro, la riquísima vegetación de tierra caliente con sus bosquecillos de naranjos y limonares y sus espléndidos platanares.

Blancas veredas serpean por los montes bajando sin cesar, y allá, á lo lejos, como una inmensa faja azul en el horizonte, el océano pacífico que besa las costas mexicanas.

Ricardo, arrobado en sus pensamientos, sobrellevó las penalidades del camino, y á la caída de la tarde del siguiente día, entraba, lleno de esperanzas, á la ciudad y puerto de Mazatlán. Alojóse en el Hotel Iturbide y costóle trabajo conciliar el sueño, más que por los pensamientos que le distraían por el sofocante calor y por los mosquitos, las picaduras de los cuales le era imposible evitar.

Al siguiente día estaba contemplando

el magnífico espectáculo que ofrecía á su vista el mar picado, cuyas olas lamían los muros del edificio y entraban orladas de espuma hasta la orilla de la calle, y los buques mercantes que se balanceaban sobre las aguas, cuando llamaron á la puerta de su cuarto: un caballero vestido con traje de Holanda, sombrero de jipi y blanco calzado, saludóle cortesmente y anuncióle que estaba reservado para él un empleo en los trabajos de ingeniería de la vía férrea en construcción del puerto á la ciudad de Durango. Convino en que el joven ingeniero descansaría un día para empezar su trabajo desde el siguiente.

No tardó mucho tiempo Ricardo en saber que debía su colocación á las influencias y recomendaciones de don Manuel, á quien desde luego, escribió agradecido.

Una tarde, en que Ricardo sentía más viva que nunca la nostalgia del suelo natal, que manifestaba en hondos suspiros por su amada Zacatecas y por los seres queridos que en ella había dejado, recibió una carta de su hermana Luisa, que abrió trémulo, como si temiese una fatal nueva.

"Querido é inolvidable hermano, le decía Luisa:

Desde tu partida, nuestra casita está triste, y yo no podré alegrarla mientras

dures tu ausencia. Tan luego como asegures una colocación, pide licencia y ven por mí, que tengo la dulce obligación de cuidarte. Quiera Dios que esa tierra caliente, tan mala para los forasteros, sobre todo, para los que como tú han nacido y vivido en clima frío, no te pruebe mal. Si te enfermas de cualquiera cosa, por insignificante que te parezca, avísame luego por telégrafo, pues si no encuentro quién me acompañe, me siento capaz de irme sola. No seguiré la ruta que tú has seguido, pues me informan que es la más molesta; iré por el Central, tocando la frontera de los Estados Unidos. De recursos pecuniarios estoy bien y no te apures por eso.

Te voy á dar dos noticias tristes y una alegre, con la esperanza de que ésta mitigue el pesar de aquéllas. El señor de Avendaño está enfermo, y los médicos aseguran que su enfermedad es seria; ni ellos mismos saben lo que tiene, pues no han podido concordar en el diagnóstico. Espero en Dios que se aliviará, pues un hombre como don Mantel hace mucha falta. ¡Cuántas familias pobres viven á sus expensas, cuántos niños deben á él su educación!

La otra noticia, dolorosa para tus afectos, puede ser medicina que, aunque amarga, te cure de un amor que no debes ya

fomentar. Eva no se acuerda de tí. Angeliño ha triunfado de la turba de adoradores que la asediaban. Convéncete, hermano mio. Eva no te conviene, no serías feliz con ella. En cambio, y ésta es la noticia alegre, he descubierto con certidumbre tal, que no deja lugar á la menor duda, que Consuelo, ese ángel de dulzura y de bondad, no piensa sino en tí, no vive más que para tí; en suma, que te ama como sabemos amar las huérfanas. Si al perder lo que soñaste que fué tu dicha, hallas un tesoro de mucho más valor, ¿no lo recogerás? Piensa en esto, querido hermano. ¡La felicidad te sonríe, ven, y estréchala contra tu corazón.

Adiós, contéstame pronto. Tu hermana que mucho te quiere.

LUISA."

Estupefacto quedóse Ricardo al acabar de leer semejante carta; sus emociones eran tantas, que no podía descifrar si tenía gusto, pesar, ira, gratitud ó despecho. Dejose caer en un asiento y sumergióse en honda meditación, y después de un rato pudo comprender que lo que en su corazón dominaba en aquel instante, eran los celos, hijos quizás, no ya del cariño, sino del amor propio, y á extinguir aquella enconosa herida no alcanzaba el afec-

to de Consuelo, si bien la atenuaba; el fuego del cariño cuando encuentra combustible á propósito lo enciende rápidamente como el fuego material á la leña seca, y el corazón de Ricardo estaba insensiblemente preparado para recibir aquel fuego, así es que pensó en Consuelo con inefable placer.

 XXVI

Angelito no estaba para perder tiempo: hombre trabajador, en edad casadera y locamente enamorado, parecióle que toda demora era merma de su dicha con tanto afán buscada y milagrosamente encontrada. Apenas fué correspondido de aquella Eiva, que según la opinión del joven pretendiente, superaba en belleza á la del Paraíso, dió los pasos conducentes á su matrimonio. Don Manuel fué el comisionado para pedir á la novia, y su demanda fué favorablemente despachada. Gustavo, que á la sazón estaba presente, pronunció ante su tío político un elocuente panegírico del novio, panegírico que doña Tula escuchó con no disimulado regocijo, y don Juan, con la imperturbable calma que le era característica. Aquella

campanuda arenga no era necesaria para el buen éxito de la demanda, pero sí para desahogar la impetuosa verbosidad de Gustavo. Concluido que hubo las alabanzas de Angelito, comenzó las de Eva, y el sobrino dijo á sus tíos tales cosas de su hija, que el mismo novio no hubiera llegado á tanto, cosas que á doña Tula hicieron llorar de regocijo, de ternura y de maternal vanidad y convencieronla de que era la madre de un ángel que casi, casi, podía competir con los del cielo. En cuanto á don Juan, sonrióse apenas, y aprovechando el primer momento en que Gustavo tomaba aliento para continuar su perorata, díjole pausadamente:

—Pues bien, Gustavo, que se casen.

Fué entonces doña Tula quien tomó la palabra con acaloramiento. Hizo ver á su esposo de cuán mal tono era semejante respuesta, pues la costumbre social, que tenía fuerza de ley, exigía un plazo para deliberar y resolver, y según la opinión de la señora doña Tula, ese plazo no podía ser de menos de seis meses.

—Ya que Dios nos ha concedido, decía entusiasmada la madre, una hija tan buena y tan hermosa, es absolutamente indispensable que ocupe en la sociedad el alto lugar que le corresponde, y para ello

necesitamos observar al pie de la letra las prescripciones del buen tono.

—Sí, señor, agregó Gustavo, los mandamientos sociales son casi tan importantes como los de la ley de Dios.

—Cumpla mi hija con éstos, dijo despacio, muy despacio, don Juan, que los demás tienenme sin cuidado.

—No digo, repuso enfadada doña Tula, que olvide éstos, sino afirmo que debe cumplir también aquéllos. Que se esperen.

—Está bien, contestó don Juan, pues que se esperen.

Quedó, pues, fijado el plazo de seis meses para resolver á la solicitud del señor de Avendaño, aunque no sin indicar doña Tula que podían irse con tiempo disponiendo todas las cosas para la boda. Don Manuel, además, obtuvo la formal promesa de que aquel plazo podía acortarse de común acuerdo.

Mientras que el señor de Avendaño despedíase para llevar á Angelito la feliz nueva, don Juan pensaba, en que la verbosidad, necia ó lisonjera, es una gran cosa, pues que en el mundo abundan los incipientes tanto como los que se rinden á la voz de la adulación. Y vió de soslayo á su esposa, que si hubiera mirado el cora-

zón de su esposo, tal vez hubiérale dado á éste un mordisco.

Eva, entretanto, avisada por Angelito del paso que éste iba á dar, y por doña Tula de la ya prevenida contestación, entró risueña al cuarto de Consuelo, que ignoraba cuanto acababa de pasar.

—Han perdido mi mano á papá, le dijo Eva.

—¿Quién?

—El señor de Avendaño.

Consuelo se quedó mirando á su hermana con tristeza, y después de un rato le contestó:

—Eva, hermana mía, ¿por qué te haces desgraciada?

—¡Desgraciada! No te comprendo.

—Te quiero mucho, Eva, y tu desgracia sería también la mía.

—Pero ¿por qué ha de ser una desgracia casarme?

—Porque no amas á Angelito.

—Le quiero un poco, porque es muy bueno, después le amaré, estoy segura. La bondad por fuerza se hace querer.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí; prefiero unirme para siempre á un hombre que me quiera, aunque yo no le quiera tanto; que á otro á quien ame con toda mi alma y no corresponda á mi cariño con toda la suya. Seré egoísta, pero

asi soy yo, preferero ser querida á querer.

—Y Ricardo? ¿No te acuerdas ya de Ricardo? dijo Consuelo dejando caer sus palabras sílaba por sílaba, como para comprender mejor el efecto que causaban en el corazón de su hermana.

—No, y doy gracias á Dios, porque Ricardo no me hubiera hecho feliz.

—Mas yo creo que es pecado casarse sin amor.

—No, ni siquiera pecado venial. Para casarse se necesita voluntad, y yo la tengo de casarme con Angelito; nadie me obliga á ello, lo hago de mi libre y espontánea voluntad.

—No te comprendo.

—Ni yo me comprendo bien, pero me caso con quien me quiere porque presiento que me hará feliz. Con aquel cariño, con aquella locura que quise á Ricardo, pienso que no volveré á querer á nadie. Y me alegro mucho. Sus calaveradas, hicie-ronme cautelosa; antes, insensata de mí, buscaba buena cara, ahora busco buen razón.

¿Hablabas Eva con sinceridad? ¡Quién sabe! Ella era buena, ardiente, compasiva como pocas; pero por sus conversaciones puede sospecharse, sin temerario juicio, mas sin la certidumbre de acertar, que en la resolución de la fogosa niña, no sólo

influyó la gratitud, aunque en ella tomase principalísima parte, sino tambien la venganza, la filial condescendencia y la fervida ilusión de formar un hogar. Quería que Ricardo la viera feliz con otro y la mentara haber perdido el tesoro que tuvo en sus manos; que se realizara el no disimulado anhelo de su madre, y deseaba, por último, que su frente cñera, á la mayor brevedad posible, la diadema de esposa que para ella tenía sin igual atractivo.

—Tú sabes lo que haces, le dijo Consuelo, y se quedó pensativa, tan pensativa, que ni siquiera sintió cuando Eva la dejó sola.

Ahora, Ricardo mío, clamaba la Infraternidad con el pensamiento, te amaré por ella, y te amaré por mí; y tú me amarás tambien, me lo dice el corazón. Y dos lágrimas, ardientes gotas que condensaban todo el aroma de una alma enamorada, brotaron del cielo de aquellos ojos y rodaron por las mejillas de azucena de la tierna virgen. Como en una atmósfera de oro y luz aparecía en la exaltada imaginación de la niña el rostro de varonil hermosura del joven ingeniero, y más de una hora soñó despierta; sueño de inesfables emociones que tenía la luz del crepúsculo, la dulzura del néctar y la poesía del cariño. ¿Cómo

no creer en el cielo, se dijo al despertar, si me ha tocado la vislumbre de su perenne esplendor? ¡Ah, sin duda el cielo es amor que nunca acaba!

XXVII

El primer asalto de la enfermedad que acometió al señor de Avendaño, fué, si no rechazado, á lo menos contenido, más que por la virtud de las medicinas, por el capricho de un carácter que conservaba aún apego á su propia voluntad. Empeñóse don Manuel en que estaba enteramente bien, y aunque el médico afirmaba lo contrario, no quiso creerle. Dejó la cama, donde había permanecido algunos días para pasar en su despacho el tiempo que él llamaba de convalecencia, y que en opinión del doctor no era sino de tregua.

Don Manuel tenía la firme convicción de que su vida sería aún larga, y fundábase en tal convicción en la sólida piedad que en la práctica de la virtud, había alcanzado ya aquel corazón, en otro tiempo maldito albergue de todas las concupiscencias. He cometido muchos crímenes, pensaba, y la misericordia divina que me ha

abierto sus paternos brazos, prolongará, sin duda alguna, mi existencia para que repare, en cuanto sea posible, los males de mi escandaloso pasado. No amaba la vida sino como medio de reparación; pero si á los anhelos de su corazón se interrogara, optaría por la muerte. Sentía necesidad de reposo, pero de un reposo perdurable y tenía miedo de caer de nuevo en el abismo de donde había salido, especialmente cuando escuchaba el grito salvaje de las pasiones, que evocando deleitables recuerdos, le convidaban á gozar. Tras algunos días de apacible, dulcísima calma, venían otros de furiosa tempestad. Las pasiones, atadas con la inquebrantable cadena de una firme voluntad, sostenida por la gracia, mordían rabiosas los eslabones que las sujetaban, y no callaban sino para rugir de nuevo con más feroces ímpetus. En esos amargos días don Manuel deseaba la muerte y llamábala como á amiga consoladora y buena. Mas sin que él lo sintiera, ni á conocerlo llegara, cada victoria aumentaba su fortaleza y en cada intervalo de paz, la dulzura penetraba más hondamente en su alma.

En aquellos días ocurriósele, no porque temiese próxima su muerte, sino por arreglar negocios que debía tener arreglados,

escribir de su puño y letra su testamento y entregarlo cerrado al Notario para que con las formalidades de ley autorizara la cubierta.

Todo terminó en un día, pues aquella actividad antes empleada en el mal, empleábase ahora en el bien con el mismo ardor. Al ver los vecinos salir de la casa del señor de Avendaño al Notario y á los testigos, informáronse y supieron que don Manuel había hecho testamento. Y aunque la última voluntad del testador no era conocida ni del Notario, porque el testamento fué cerrado, los habladores vecinos repartieron á su talante el crecido caudal del testador: quién afirmaba que había dejado toda su fortuna á los pobres; quién que había dispuesto que con ella se edificara un suntuoso templo á San Agustín. Algún chusco hizo circular la especie de que el señor de Avendaño instituía legados á todas las jóvenes casaderas del barrio, legados que sin ningún descuento por gastos testamentarios, debían entregarse el día de las bodas; noticia que acrecentó el fervor de los enamorados. No faltaron, por último, maldicientes que, con ocasión del testamento del rico zacatecano, refirieran, con lujo de pormenores, algunas escandalosas

fechorias del testador, ignoradas de muchos, y de otros ya casi olvidadas.

Angelito y Eva, entretanto, hallábanse en plena correspondencia; aquél, loco de contento; ésta, alegre y decidida á unirse para siempre á quien de verdad la amaba.

Con maravillosa intuición veía un porvenir feliz al lado de aquel joven laborioso y bueno, á quien, según decía Eva, empezaba á amar, y hay que creerla si tomamos en cuenta su genio. La joven se impresionaba fácilmente, y si el aspecto físico de su futuro esposo no era para causarle impresión, el profundo cariño que le tenía el joven y aun el desprecio de que era víctima y las frecuentes sátiras de los demás, sirviéronle á Angelito de méritos para conquistar el corazón de la fogosa niña, quien admiró la nobleza de alma de su prometido y de la estimación fácilmente pasó al cariño verdadero.

Parecióle que de sus relaciones con Ricardo habían pasado muchos años; que aquellas habían sido un sueño de doradas ilusiones, en el que no habían faltado los estremecimientos y angustias de horribles pesadillas. Juzgó aquellos amores como una precipitación de su inexperiencia, como un error de su voluntad, y echó sobre ellos el velo del olvido.

Consuelo leía, como en un libro abierto, en el corazón de Eva y se regocijaba de aquel cambio. No se ofenderá ya, pensaba, si algún día sabe que mi primero y único amor ha sido para Ricardo. Y lo sabrá, no por mi boca, sino por la de él. La última vez que mis ojos se fijaron en los de Ricardo, al encontrarse los rayos de las miradas de ambos, había calor, intenso calor en los corazones de los dos. ¡Oh, día suspirado, día de mi ventura! ¿cuándo llegarás? Y la rubia virgen vertía lágrimas: eran el fragante jugo de una alma que ama y que espera.

 XXVIII

Ricardo habíase dedicado con entusiasmo á sus labores profesionales; pero suspiraba por la tierra natal, cuna de sus ilusiones, amado albergue de sus afectos. No quiso comprometerse con la Compañía que le ocupó, sino por determinado tiempo, que estaba próximo á expirar, y contaba con indecible ansiedad los días que faltaban. El joven, á pesar de sus esfuerzos, no había vencido completamente los ímpetus de sus pasiones, pues nada hay más difícil de curar que una voluntad en

ferma por los malos hábitos; pero ahora, caía para levantarse luego, mientras que antaño, caía para no levantarse en mucho tiempo. Había, pues, lucha y parciales triunfos, quizás precursores de completa victoria.

La carta de Luisa había logrado su objeto: Ricardo pensaba mucho en Consuelo, no sólo para olvidar á Eva, el recuerdo de la cual había herido tanto el amor propio del amante, sino con verdadera fruición, impresionado por la noticia de su hermana, que había sido el alambre conductor de la chispa eléctrica.

Absorto contemplaba Ricardo aquel semblante de angelical dulzura que tantas veces había visto sin mirar. Recordó la inefable expresión que para él tenía y creyó de fe á su hermana, y arrepintiéndose de haber sido tan poco perspicaz, que no había visto lo que vió Luisa con tan segura mirada. El cariño de Eva, pensaba, puso una venda ante mis ojos para todo lo que no fuera ella. ¡Insensato de mí! he perdido un tiempo precioso; pero iré muy pronto hacia el ángel que me espera.

Extasiado con estos pensamientos recorría la playa, tendiendo de vez en cuando la vista por la superficie del Océano, que semejaba inmensa sábana gris que se movía constantemente erizada de re-

mansos como si bajo de ella soprase sin cesar el dios del aire. En las Olas Altas, donde la mar está siempre picada, contemplaba el vespertino crepúsculo; allá, el lejano Occidente donde el sol se hundía, besando con sus rayos las aguas del Pacífico que teñía de oro y púrpura; acá, el ruido y continuo movimiento de la ciudad, recostada en una lengua de tierra que entra en el grande océano, inundada en la melancólica luz crepuscular que poco á poco va decreciendo hasta que las sombras de la noche lo envuelven todo. De repente brilla el puerto con la luz de sus focos eléctricos, el inmenso rugiente mar con la luz fosforescente que corona sus olas, y el alma de Ricardo con el fulgor de una esperanza acariciada con inefable ternura.

Una noche, después de su cotidiano paseo, cenó y encerróse temprano en su cuarto. Aunque el rompimiento entre Ricardo y Eva, había sido definitivo, ambos al verificarse alimentaban la esperanza de una reconciliación, motivo por el cual no se habían devuelto sus cartas, sacó el joven de una de las bolsas secretas de su "mundo," varios paquetitos de minutos y perfumados billetes; leía uno por uno, ora suspiraba, ora fijaba pensativo los ojos en el suelo, y después de

leídos aproximábalos al fuego, y contemplaba sereno la devorante llama que los consumía.

Concluido que hubo la incineración, quedóse por un rato contemplando las cenizas y exhaló un hondo y prolongado suspiro. He aquí, se dijo, lo que resta de tanta ilusión, de tanta ternura y de un cariño que creí inacabable.

Luego contempló el retrato de Eva, y estremecióse como si los recuerdos hubiesen lastimado su corazón. En una tarjeta imperial dibujábase perfectamente el busto de la donosa joven; los expresivos ojos clavados en Ricardo hablábale de amor y una ligera sonrisa daba al semblante de Eva regocijada expresión. Contemplóla ensimismado y ante su imaginación desfilaron todos los acontecimientos de unos amores que habían henchido de luz y de esperanza los mejores días de su juventud. ¡Oh inestabilidad de los humanos afectos! pensaba, parece mentira que perezca lo que juráramos que es eterno. No se atrevió á quemar aquel retrato, tal vez porque veneraba aún la memoria de la que había sido el arca de sus ensueños. Apartó precipitadamente la vista de la imagen, que parecía aún fascinarle y la guardó en el acto, como si hubiese diligente de los hallagos de la tenta-

ción y murmuró en lo íntimo de su alma:
—Huid de mí, importunos recuerdos:
entre Eva y yo se ha abierto insalvable
valladar.

Quedóse algunos instantes silencioso y apareció á la mente del joven la imagen de Angelito: era él, él mismo en cuerpo y alma; con aquel andar grave y circunspecto, con aquella tosecita, disfraz perpetuo de su cortedad; con aquel mirar, á veces suplicante y á veces timorato, donde no brillaba jamás la enérgica fuerza de la audacia. Y ¡qué Eva, pensó, me haya olvidado por este mentecato! Y Ricardo en aquellos momentos hubiera dado los mejores años de su vida por reconquistar á la graciosa zacatecana y vengarse así de Angelito. Y aquel asalto de celos hizo-le creer que amaba aún á Eva; mas no, el amor á ella se alejaba, pero el amor propio erguíase aún con toda su pujanza.

XXIX

El tiempo ha corrido, con celeridad para el que goza, con lentitud para el que sufre, con sozobra para el que espera; mas todo llega y todo pasa. Amaneció sereno y radiante el día anhelado por Ange-

lito, de unirse para siempre con su amada. El templo parroquial de Santo Domingo está lleno de concurrentes; la nave del centro alfombrada desde el cancel de la puerta mayor hasta el presbiterio, y cerrada á los lados por una hilera de asientos, ocupados por la flor y nata de la sociedad zacatecana, previamente invitada; los demás concurrentes en apretada muchedumbre ocupan las naves laterales. Las flores, encargadas expresamente á Orizaba por Angelito, embellecen el templo y deleitan con su fragancia. En un lado del altar mayor se eleva otro improvisado, sobre cuya gradería, cubierta con ramilletes en elegantes floreros, y entre éstos ricos candelabros con velas encendidas, elévase un magnífico cuadro de Señor San José, bajo cuyo patrocinio han puesto los novios su futuro hogar.

Los rostros se vuelven curiosos hacia la puerta principal, por donde la pareja debe de entrar; en el coro, los músicos afinan los instrumentos. De repente oyense los primeros compases de la Marcha Nupcial de Mendelssohn y aparece la comitiva: abre la marcha Eva, de brazo de su padre; el blanco traje de la novia llama la atención por su irreprochable corte, una pequeña guirnalda de azahares corona la gentil cabeza de la joven; el ajusta

do corpiño está prendido á un ramo de la simbólica flor del naranjo y al través del flotante y ténue velo brilla en el apogeo de la juventud y la belleza, el recatado semblante de Eva. Mimi, como paje de honor, lleva la luenga cola del traje. El guapo pajecillo va hecho un primor: zapatillas y calcetines blancos, vestido de seda también blanco, el pelo sostenido á la izquierda por un lazo de listón igualmente blanco, deja caer una cascada de graciosos bucles en continuo vaivén, y en medio de tanta blancura, aquella sonrosada carita, y aquellos expresivos ojos, semejantes á los de Gustavo, donde brillan la inocencia y la travesura. Mimi se ha dado cuenta de su papel; iérguese como prócer y gasta más zaleo que de ordinario. Eva, al entrar, dirige una rápida mirada á la concurrencia y baja luego los ojos porque siente sobre ellos los rayos de mil miradas. Los concurrentes se empeñan por ver á los novios; algunos de los jóvenes de las naves laterales se suben á las tarimas de los altares; hubo irreverente mozalvete que se trepó en la esquina de la base de una columna del templo, y devota octogenaria, que nunca, le vantaba los ojos en misa, que cerró el libro de oraciones, limpió los anteojos y es tiró el cuello para ver á los novios.

Tras de Eva, don Juan y Mimi, iban Angelito y Paquita, y seguían luego Gustavo y Consuelo; la habitual gravedad de Angelito, que veía sin mirar á nadie, aparecía suavizada por una expresión de inefable regocijo. Consuelo vestía de "liberty" azul, guantes y sombrero blanco y lucía un sencillo aderezo de perlas y turquesas. Aquella hermosura suave y melancólica, de honda mirada y cariñosa sonrisa, parecía extranjera en un mundo henchido de vanidad y sediento de placeres. Si la hipérbole no traspasase los límites permitidos, diríase que había dejado el cielo y daba un paseito por este mundo de tantos engaños y de miserias tantas. Gustavo, sí que miraba y remiraba, especialmente á las guapas, y no sólo miraba sino también sonreía, y si no hubiese estado en el templo y en un acto tan solemne, hubiera dado rienda suelta á su brillante y cortés locuacidad. Paquita estaba fascinadora: aquel rostro, al que tanto agraciaban los apasionados ojos y la roma nariz, respiraba dignidad y júbilo; el cuerpo gentil en la plenitud del desarrollo envolvíase en traje de terciopelo negro con cuello de finísimo encaje blanco, llevaba aderezo de perlas y brillantes, herencia de sus abuelos, guantes blancos de Suecia y sombrero negro con enorme

pluma de aveztruz de inmaculada blancura. Consuelo, Gustavo y Paquita ufanábanse de ser los padrinos de los novios; sólo la cara de don Juan nada decía, estaba imperturbable.

El párroco, ya revestido, con capa pluvial y seguido de los monaguillos con cruz alta y ciriales, salió al encuentro de los novios y todos hicieron alto á unos cuantos metros del cancel de la puerta principal. Mientras el cura recitaba las oraciones del ritual, agitábase un mar de humanas cabezas; todos dirigían la vista al mismo lugar, y todos estaban emocionados: los casados recordando el día feliz de sus bodas, para unos principio de dolores sin término, para otros de dichas no extinguidas en medio de las mundanas vicisitudes; pero para unos y otros, día venturoso de imperecederos recuerdos. Los novios, soñando con sus futuras bodas y fraguando el modo de superar en algo el esplendor de las que contemplaban. Las jamonas con vocación al matrimonio, rabiando de envidia y censurándolo todo, y las ancianas volviendo por un instante en alas de los recuerdos, á los risueños días de la juventud, y todos saciando su ávida curiosidad.

No se oía ni el más leve rumor, cuando el sacerdote con voz grave y solemne se

dirigió á los novios, preguntándoles sucesivamente si se querían por marido y mujer. Angelito, trémulo de emoción, coloca en el dedo de la suave mano de su amada, el nupcial anillo, y puso sobre la bandeja que presentó el monaguillo, trece hidalgos nuevos en calidad de arras que Eva recogió en la elegante portamoneda que le ofreció Paquita. El sacerdote juntó las manos de los desposados y en nombre de Dios bendijo aquella unión, y condújoles hasta los reclinatorios colocados al pie de las gradas del presbiterio; novios y padrinos arrodilláronse en elegantes cojines, mientras el cura se ponía la casulla y en seguida empezó el santo sacrificio. Eva y Angelito, más que con los labios oraron con el corazón; pedían la felicidad para su hogar. Consuelo, en una especie de éxtasis, creyó subir al Edén y ver á Dios en su trono de esplendor purísimo y con la inocencia de la virgen, el fervor de la enamorada y la fe de la creyente, pidió al Señor que Ricardo la amara, y parecióle que una voz interior le decía que su oración había sido favorablemente despachada.

Otra plegaria subía también al cielo en alas del amor fraternal; era la de Luisa que, separada de los invitados que ocupaban la nave del centro, y confundida entre la multitud, oraba por su hermano

ausente que había amado, y quizá amaba aún á la desposada.

Entre la masculina concurrencia hallábanse César y el Dr. Vélez; aquél luciendo como siempre, su enorme bigote y su varonil figura y mirando á las guapas con triunfadora presunción, y éste, aletado con su Julia, y resuelto á seguir el ejemplo de Angelito á la mayor brevedad posible. Entre las señoritas estaban Chole y Julia, aquélla, más nerviosa que otras veces, y ésta, pensativa contra su costumbre y mirando de vez en cuando á Fausto, no con aquella mirada frecuentemente guasona, sino con otra que decía muy claro: hoy ellos, mañana nosotros; y el noventa y nueve por ciento de las novias presentes si no decían á sus novios lo que Julia al suyo, por lo menos lo pensaban. Como la ajena dicha duele más á las mezquinas almas, que la desventura propia, no faltaron entre los concurrentes quiénes se entregasen á la murmuración, satánico deleite de las mundanas sociedades, y buscaban con ahínco cuanto en los desposados parecían merecer censura, para clavar en ellos su enconoso diente.

Al salir del templo los esposos, las banquetas de la plazuela de Santo Domingo que dan frente al templo y á la cárcel, estaban llenas de curiosos, que daban la

última vista á la nupcial pareja, que serviría de conversación por algunos días en los altos círculos sociales, donde los ociosos y los perversos escudriñarían diligentes la vida de los esposos hasta en sus más ignorados pormenores, su conducta hasta en las acciones más indiferentes, el estado de su salud y de su hacienda y el linaje y carácter de sus ascendientes y colaterales hasta el octavo grado.

Los briosos corceles de la elegante carretela que debía conducir á la venturosa pareja, llevaban penachos con azahares; el látigo del auriga tenía también un ramo de azahares en el mango, y habíanse colocado sendos en las portezuelas.

Angelito, sin fijar los ojos en la concurrencia, que veía curiosa á la nupcial pareja, dió cortés la mano á su esposa para que subiera á la carretela, y él subió en seguida; los demás vehículos fueron ocupados por el resto de la comitiva. Tronó el látigo del cochero y rodaron por el empedrado las carretelas con dirección á la Fotografía Metropolitana. Don Juan del Río ofrecería un banquete á los consortes, y en la noche Gustavo y Paquita los obsequiarían con un suntuoso baile.